



12 de abril de 2020

ANTONIOS

Aquel era un pueblo pequeño de no más de 300 habitantes en invierno. Era marzo, ya hacía dos meses que se venía hablando de un tal coronavirus. Una enfermedad muy grave, o no, comentaban los más doctos: «un catarro con más fiebre». El caso es que aquel virus de Wuhan pronto se propagó. Traspasó continentes y llegó donde nunca los 300 moradores de Abadalejo de Arriba, se habrían imaginado, a la casa del Abilio.

«Somos pocos y tiene que ir donde el Abilio», dijeron las comadres y compadres.

El Abilio, hay que aclararlo, estaba reñido con más de medio pueblo y debía favores al restante. Era el más popular entre los impopulares y en el ranking de in-querencias se llevaba el palmarés. Era bravo, desabrido. Cuando fue alcalde «hizo de su capa un sayo» hasta que lo echaron y era una isla en el mar de riscos del pueblo. Más de uno le quiso ver muerto y casi la mayoría evaporado.

El 1 de abril del 2020, tras 25 días de confinamiento, al Antonio, se le ocurrió pasar por la travesía de la calle mayor, a lo alto la cuesta. A la casa señorial y solitaria del Abilio. Allí en el balcón había una sábana tiznada con letras gigantes: S.O.S.

Porque el Abilio estaba solo. No quería móvil, «gasta mucho». No sabía los teléfonos de los vecinos. Si quería algo iba al bar y lo encargaba. Varias veces al mes bajaba a la capital y una vez al año le visitaba un sobrino, tal era su vida social.

Ahora, Antonio miraba el SOS y no sabía qué pensar. Si era una de sus crueles bromas, si estaba enfermo, si vendrían al pueblo los sanitarios, si él correría peligro al ayudarlo — a las resultas, en su casa vivían su esposa, enferma del corazón y sus padres nonagenarios—.

Fue un momento, luego pensó «más vale pecar por de más que por de menos». Así que trepó por las piedras de la fachada hasta la única ventana semiabierta, pues Abilio tenía bien cerrada la puerta. Alzó como pudo la ventana y se adentró en la habitación. Un desastre de ropas, carbones, medicinas, palanganas y un Abilio delirante en la cama fue el espectáculo que encontró.



Antonio llamó a varios convecinos, que renegaron de su suerte —«el muy c... nos enfermará a todos»—, pero le ayudaron a lavarlo y vestirlo. La ambulancia llegó más pronto de lo esperado, con unos eficientes, generosos y afables enfermeros.

Abilio salvó su vida gracias a ellos y a Antonio, quien perdió a su padre, porque hizo mella en él el maldito virus.

Aquel, nunca volvió a ser el mismo, especialmente con Antonio, con quien tenía una doble deuda de vida. Y este, no se culpó por salvarlo, pese a llorar muchas noches viendo llorar a su madre. En el pueblo siguen aplaudiendo a los enfermeros que llegaron hasta allí «a por un solo hombre».

Ninguno es el mismo después de la pandemia. Sin embargo, «nacieron» muchos «sanitarios» y muchos «Antonios».

María José Marrodán Gironés